



Capítulo 188 - La reina está enamorada

"¿Qué?", preguntó Ada, cruzándose de brazos y mirando fijamente a su madre, intentando procesar lo que acababa de oír.

Raphaeline, aún sentada, se cubrió la cara con las manos como si quisiera desaparecer. «Dijo... que yo era suya...», murmuró, con la voz ahogada por la vergüenza.

Ada parpadeó, incrédula. "¿Estás... llorando porque... mi esposo no te hizo caso?". Habló despacio, intentando mantener la compostura, aunque la irritación era evidente en su tono.

"No es eso...", susurró Raphaeline, demasiado avergonzada para mirar a su hija a los ojos. "Dijo que era suya... y yo... pensé que me quería... como su esposa..."

"¿Como su esposa?" repitió Ada, arqueando peligrosamente una ceja.

Raphaeline finalmente levantó la vista, con la cara roja como un tomate. "Como hizo con Zafiro... Lo dijo con tanta... intensidad... Pensé que hablaba en serio..."

Ada se llevó una mano a la frente y dejó escapar un largo suspiro. "Pensé que nada podía empeorar... por un comentario casual..."

"¡No fue casualidad!", exclamó Raphaeline, haciendo un gesto dramático. "Lo dijo así... con esa voz grave... ¡y me miró como si fuera la única persona en el mundo! ¡Ya sabes cómo es!"





Ada permaneció en silencio unos segundos, respirando profundamente como si intentara reprimir una erupción volcánica en su interior. Cuando por fin habló, su tono mezclaba irritación e incredulidad. "De acuerdo... Primero, está casado conmigo. Segundo, probablemente solo estaba siendo... él mismo. Y tercero, madre, ¡por el amor de Satanás, eres una Reina Demonio! ¿Cómo te llegó una frase tan pequeña así?"

Raphaeline se cruzó de brazos, evitando la mirada de su hija. "No sé... Es diferente..."

"¿Diferente?" repitió Ada, casi ahogándose con la palabra.

Raphaeline finalmente murmuró, aún con el rostro enrojecido. "Él... me hizo sentir cosas que nadie jamás..."

Ada golpeó la mesa con tanta fuerza que las tazas de té temblaron. "¡Genial! ¡Maravilloso! ¡Ahora tengo que lidiar con mi madre, una Reina Demonio que intentó venderme, completamente enamorada de mi esposo! ¡Esto es demasiado incluso para mí!"

Raphaeline bajó la cabeza, avergonzada. "Solo... pensé que tal vez había algo más..."

Ada se puso las manos en las caderas, mirando al techo como si buscara paciencia en el cielo, o en cualquier infierno disponible. "Voy a tener que hablar con él... No puedo creer que esté atrapada en este ridículo lío".

"Hija... yo...", empezó Raphaeline, pero las palabras se le atascaron en la garganta, vacilantes. Ada miró a su madre con los ojos entrecerrados, esperando a que continuara.





Entonces Raphaeline finalmente encontró el coraje para hablar, con una voz suave pero lo suficientemente firme como para golpear a Ada como un rayo. "Siento lo que hice".

Ada se quedó paralizada, abriendo mucho los ojos. Por un instante, el tiempo pareció detenerse. Parpadeó, intentando procesar lo que acababa de oír. "¿Te... disculpaste? ¿La Reina Demonio Rafael, que nunca admite sus errores... se disculpó?"

Raphaeline alzó la mirada, con una mezcla de culpa y sinceridad grabada en el rostro. «Sí... Me pasé de la raya ese día. No sé cómo arreglar lo que hice, pero... lo lamento, Ada. Profundamente».

El silencio se cernió entre ellos durante unos segundos hasta que Ada dejó escapar un largo suspiro, pasándose la mano por el pelo. "Genial. Primero, mi marido te seduce con media docena de palabras, y ahora oigo a la Reina Demonio disculpándose. ¿Qué sigue? ¿Un eclipse infernal?"



Raphaeline esbozó una leve sonrisa melancólica. «Si llega, probablemente me lo merezco».

Ada puso los ojos en blanco, pero algo en la expresión de su madre le ablandó el corazón, sólo un poco.

"No puedo creerlo...", murmuró, tapándose la cara con una mano como si intentara borrar la escena de su memoria. "Esto no puede estar pasando..."

Su madre, la mujer más fría que conocía, alguien que parecía amar las espadas más que a su propia familia, no solo se disculpaba sino que también... ¡codiciaba a su marido!

¿Lo peor? No era la primera vez que pasaba algo así.

Ada dejó escapar un profundo suspiro, intentando mantener la calma. "Primero Zafiro... ahora tú... ¿Está intentando coleccionar suegras o algo así?"

Los ojos de Raphaeline se abrieron de par en par y su rostro se puso aún más rojo. "¡No es eso! Es solo que... ¡Él es... diferente!"

—Diferente. Claro. Porque un demonio recién nacido, tonto y obsesionado con las batallas, con una loca tendencia a gritar cosas como «eres mío», es completamente inofensivo, ¿verdad? No hay nada raro en eso —replicó Ada, llena de sarcasmo.

Raphaeline intentó justificarse, pero lo único que salió fue un murmullo inconexo, algo entre "no es así" y "no pude evitarlo".

Ada exhaló con fuerza, su irritación era evidente al señalar a su madre. "Escucha, no tengo paciencia para lidiar con Reinas Demonio enamoradas que tienen crisis existenciales. Que te quiera o no, es su problema, no el mío. Pero déjame dejar algo muy claro..."

Hizo una pausa y entrecerró los ojos. «Cuando salga de ese maldito coliseo, es muy probable que venga aquí. Y si eso ocurre, tendrás que arreglártelas sola. Porque, ¿en serio? Dudo mucho que quiera a alguien que, hasta ayer, apenas se preocupaba por su propia hija».

El impacto de las palabras de Ada fue inmediato. Raphaeline abrió la boca para replicar, pero no emitió ningún sonido. Era como si cada palabra tocara una fibra sensible, demasiado sensible para ignorarla.





"Así que, en lugar de quejarte de que no te miró o de que unas pocas palabras te inflaron el ego, quizá sea hora de empezar a actuar como la Reina que dices ser", concluyó Ada, cruzando los brazos y mirando a su madre con firmeza inquebrantable.

Raphaeline bajó la mirada, con los hombros ligeramente hundidos, pero no dijo nada. Ada, al notar que sus palabras habían tocado una fibra sensible, respiró hondo para calmarse.

"No lo digo por ser cruel", continuó, suavizando un poco el tono. "Pero quizás, solo quizás, sea hora de que mires hacia dentro y descubras qué es lo que realmente importa. Porque al fin y al cabo, él es mi esposo. Y tú... eres mi madre".

Raphaeline finalmente levantó las manos en señal de rendición, dejando escapar un suspiro de resignación. "Está bien, está bien... Lo entiendo. Fue solo un momento de debilidad, nada más."

"¿Debilidad, eh?" Ada arqueó una ceja, claramente poco convencida. "La próxima vez que diga algo, recuerda que eres una Reina Demonio, ¡no una adolescente enamorada que se desmaya por un cumplido! ¡Por Lucifer!"

Raphaeline volvió a suspirar, esta vez con un toque de exasperación. "Lo intentaré... Pero él realmente es..."

"¡Ni siquiera termines esa frase!", interrumpió Ada de inmediato, levantando un dedo en un gesto amenazante. "¡No quiero oírlo! ¡No. Quiero. Oírlo!"

